

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante quince años (2003-2018) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

*Poesías* de Miguel de Cervantes es el poemario n.º 155, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de José Manuel Lucía Megías.

Selección y prólogo de  
José Manuel Lucía Megías



N.º 155



GRUPO EDITORIAL

**Sial Pigmalión**



*Miguel de Cervantes*

*Poesías*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
DECANATURA CULTURAL  
2019

ISBN 978-958-790-

© Universidad Externado de Colombia, 2019  
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia  
Tel. (57 1) 342 0288  
dextensionc@uexternado.edu.co  
www.uexternado.edu.co

*Primera edición*  
Abril de 2019

*Imagen de carátula*

Retrato de Miguel de Cervantes Saavedra,  
atribuido a Francisco Pacheco, detalle del cuadro  
*San Pedro Nolasco embarca para redimir cautivos.*

Dibujo de Eduardo Cano de la Peña  
Biblioteca Nacional de España: IH/2067/66

*Diseño de carátula y composición*  
Departamento de Publicaciones

*Impresión y encuadernación*  
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:  
[www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos](http://www.uexternado.edu.co/unlibporpercentavos)

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao  
Rector

Miguel Méndez Camacho  
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango  
Coordinadora General

En 1850, el cervantista José María Asensio había hallado en una relación manuscrita lo que había sucedido en Sevilla entre 1590 y 1640: que Francisco Pacheco, maestro y suegro de Velázquez, había pintado a Cervantes en uno de los cuadros que había realizado para el convento sevillano de la Merced. En concreto, se trataba de la imagen del barquero del cuadro San Pedro Nolasco embarca para redimir cautivos. Lejos de la imagen de un Cervantes al final de su vida, ahora se rescata la imagen de Cervantes a su vuelta de Argel, con un poco más de treinta años. El pintor Eduardo Cano de la Peña realizó un dibujo, que Asensio colocó al inicio de su obra: Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes (Sevilla, 1864). Laurent hizo una fotografía del dibujo, que ha servido de base para su difusión, al inicio de numerosas ediciones del Quijote y de diversas revistas y periódicos a lo largo del siglo XIX. No se conoce el paradero actual del dibujo original de Eduardo Cano de la Peña.

Datos e imagen tomado de: <http://cervantes.bne.es/es/exposicion/obras/retrato-miguel-cervantes-saavedra-atribuido-francisco-pacheco>

## CONTENIDO

- Reivindicación del Cervantes poeta [9]
- [Soneto de la pastora Galatea] [13],  
[La pastora Teolinda se lamenta] [14],  
[La pastora Teolinda recuerda] [16],  
[El pastor Erastro alaba] [20],  
[El pastor Lenio se lamenta] [23],  
[Vivaldo lee la Canción desesperada] [25],  
[Lotario canta al amor] [31],  
[La gitana Preciosa defiende] [32],  
[Altisidora declara su amor a Don Quijote] [34],  
[Las penas del cautivo en Argel] [37],  
[Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla] [40],  
[Gandalín, escudero de Amadís de Gaula,  
a Sancho Panza] [41],  
[Diálogo entre Babiaca y Rocinante] [42],  
[Del Cachidiablo, académico] [43],  
[Del Tiquitoc, académico] [44],  
[Romance de los celos] [45],  
[Romance de don Luis] [48],  
[Romance de la buenaventura] [49],  
[Sextina del pastor Artidoro] [52],  
[Al libro de Don Quijote de la Mancha,  
Urganda la desconocida] [54],

[Del donoso, poeta entreverado] [57],  
[El primer ovillejo de la historia] [58],  
[Ovillejo en boca de Tomás Pedro] [60],  
[Yo soy] [62], [Canto de Calíope] [65],  
[A Lope de Vega] [69], [A los éxtasis de nuestra  
beata madre Teresa de Jesús] [70]



## REIVINDICACIÓN DEL CERVANTES POETA

Miguel de Cervantes es, sin duda, uno de los narradores más geniales e influyentes de la cultura occidental. El más influyente si tenemos en cuenta que hoy en día escribimos y leemos novela a partir del modelo que él creó con su *Don Quijote* (1605 y 1615) y que los lectores ingleses y alemanes supieron entender y reivindicar a partir del siglo XVIII. Un novelista que nos sigue sorprendiendo con su “mesa de trucos”, con su capacidad de llevar los géneros, temas y personajes de su tiempo a los límites de la ficción. Nadie fue capaz de hacerlo antes y muy pocos han sido los llamados a seguirle a partir de entonces.

La reivindicación de Cervantes como padre de la novela moderna fue un camino largo en el tiempo, y no siempre lleno de luces ni de adhesiones. A principios del siglo XVIII, los ilustrados franceses y españoles defendían la supremacía literaria del *Quijote* de Avellaneda, de la falsa continuación del *Quijote*, frente al texto cervantino. Menos mal que en esta disputa literaria triunfaron las lecturas inglesas y alemanas. De otro modo, Cervantes sería hoy una nota a pie de página y otro el modelo narrativo al que estaríamos acostumbrados.

Pero esta reivindicación de la supremacía narrativa de Cervantes tiene también sus daños colaterales. Y uno de ellos, va a ser dejar en un segundo plano los otros géneros, los otros textos a los que dedicó Cervantes buena parte de su vida, en especial el teatro y la poesía. Solo en los poemas más narrativos, Cervantes consigue levantar vuelo poético puede leerse en la mayoría de las monografías o de los manuales dedicados a nuestro autor o a la literatura de los Siglos de Oro. Nada más lejos de la realidad.

Miguel de Cervantes fue poeta. Y lo fue en una época en la que ser poeta y ser escritor era una misma cosa, no podía entenderse la una sin la otra. La poesía es la base de la literatura... y también de la vida. La poesía que se escucha en las plazas, que se aprende de memoria, que se recita alrededor de los fogones y de los braseros o de las chimeneas; poesía que se canta en la cuna y que se llora en los cementerios; poesía que permite hablar del amor –siguiendo una retórica petrarquista muy alejada de nuestra sentimentalidad– pero que no desdeña hacerlo de los acontecimientos históricos del momento, como la muerte de un rey, las batallas ganadas o perdidas o los rumores que llenan de risas los mentideros de la época. Poesía que es vida porque no se puede entender la vida de un escritor sin poesía.

Y así sucede con Cervantes, con el Cervantes escritor, ese “príncipe de los ingenios” que el tiempo ha ido simplificándolo hasta convertirlo en una estatua de bronce o el perfil frío del mármol.

Cervantes nunca dejó de escribir poesía. Cervantes no podía entender la vida sin la poesía, ni tampoco la poesía sin llenarla de vida: la vida de las lecturas, la vida de la tradición, la vida de los maestros, pero también la vida de la calle y de los gritos en las esquinas. De ahí que fueran los romances su género preferido. Pero no por ello dejó de destacar en algunas de las formas más barrocas y rebuscadas del momento, como los versos de cabo roto (donde las palabras finales del verso pierden la última sílaba), o el ovillejo, una composición que él mismo creó y que ha tenido cierto predicamento en la literatura en español desde el siglo XVII. De todos ellos, hay ejemplos en nuestra antología.

En *el Viaje del Parnaso* (1614), hablando de sí mismo, Cervantes escribe:

“Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía,  
y en ella procuré siempre agradarte”.

Todos los adjetivos están elegidos con gran destreza: “tiernos años”, “arte dulce” y “agradable poesía”.

Al dulce y agradable arte de la poesía, que Cervantes comenzó a escribir desde su juventud y que no abandonaría hasta su último aliento, está dedicada esta antología poética de Cervantes. Una sombra de los más de treinta mil versos que hemos conservado de Cervantes, inmersos en algunas de sus obras narrativas y teatrales, o difundidos de manera manuscrita, mucho de ellos anónimos.

Esta antología ha de leerse como lo que es: una reivindicación del poeta Cervantes, de ese inmenso escritor que nos sigue sorprendiendo en el siglo XXI en todos los géneros a los que se acercó, desde la narrativa a la poesía, sin olvidarnos del teatro.

[Soneto de la pastora Galatea cantando al amor]

Afuera el fuego, el lazo, el yelo y flecha  
de Amor, que abrasa, aprieta, enfría y hiere;  
que tal llama mi alma no la quiere  
ni queda de tal ñudo satisfecha.

Consuma, ciña, yele, mate; estrecha  
tenga otra la voluntad cuanto quisiere;  
que por dardo, o por nieve, o red no espere  
tener la mía en su calor deshecha.

Su fuego enfriará mi casto intento,  
el ñudo romperé por fuerza o arte,  
la nieve deshará mi ardiente celo,

la flecha embotará mi pensamiento;  
y así, no temeré en segura parte  
de Amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

(*La Galatea*, 1585, libro I)

[La pastora Teolinda se lamenta de sus amores,  
en una glosa con coplas reales]

*Ya la esperanza es perdida,  
y un solo bien me consuela:  
que el tiempo, que pasa y vuela,  
llevará presto la vida.*

Dos cosas hay en amor  
con que su gusto se alcanza:  
deseo de lo mejor,  
es la otra la esperanza  
que pone esfuerzo al temor.  
Las dos hicieron manida  
en mi pecho, y no las veo;  
antes en la alma afligida,  
porque me acabe el deseo,  
*ya la esperanza es perdida.*

Si el deseo desfallece  
cuando la esperanza mengua,  
al contrario en mí parece,  
pues cuanto ella más desmengua  
tanto más él se engrandece.  
Y no hay usar de cautela  
con las llagas que me atizan,  
que en esta amorosa escuela  
mil males me martirizan,  
*y un solo bien me consuela.*

Apenas hubo llegado  
el bien a mi pensamiento,  
cuando el cielo, suerte y hado,  
con ligero movimiento  
le han del alma arrebatado.  
Y si alguno hay que se duela  
de mi mal tan lastimero,  
al mal amaina la vela,  
y al bien pasa más ligero  
*que el tiempo, que pasa y vuela.*

¿Quién hay que no se consuma  
con estas ansias que tomo?,  
pues en ellas se ve en suma  
ser los cuidados de plomo  
y los placeres de pluma.  
Y aunque va tan de caída  
mi dichosa buena andanza  
en ella este bien se anida:  
que quien llevó la esperanza  
*llevará presto la vida.*

(*La Galatea*, 1585, libro I).

[La pastora Teolinda recuerda un poema de su enamorado Artidoro]

Pastora en quien la belleza  
en tanto extremo se halla,  
que no hay a quien comparalla  
sino a tu misma crüeza.

Mi firmeza y tu mudanza  
han sembrado a mano llena  
tus promesas en la arena  
y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo  
que cupiera en lo que vi,  
tras un dulce alegre sí,  
tan amargo y triste no.

Mas yo no fuera engañado  
si pusiera en mi ventura,  
así como en tu hermosura,  
los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia extraña  
promete, alegre y concierto,  
tanto turba y desconcierta  
mi desdicha, y enmaraña.



Unos ojos me engañaron,  
al parecer piadosos.  
¡Ay, ojos falsos, hermosos!,  
los que os ven, ¿en qué pecaron?

Dime, pastora crüel:  
¿a quién no podrá engañar  
tu sabio honesto mirar  
y tus palabras de miel?

De mí ya está conocido  
que, con menos que hicieras,  
días ha que me tuvieras  
preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré  
en esta áspera corteza  
crecerán con más firmeza  
que no ha crecido tu fe;

la cual pusiste en la boca  
y en vanos prometimientos,  
no firme al mar y a los vientos,  
como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa  
como víbora pisada,  
tan crüel como agraciada,  
tan falsa como hermosa;

lo que manda tu crueldad  
cumpliré sin más rodeo,  
pues nunca fue mi deseo  
contrario a tu voluntad.

Yo moriré desterrado  
porque tú vivas contenta,  
mas mira que Amor no sienta  
del modo que me has tratado;

porque, en la amorosa danza,  
aunque Amor ponga estrechez,  
sobre el compás de firmeza  
no se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza  
pasas cualquiera mujer,  
creí yo que en el querer  
fueras de mayor firmeza;

mas ya sé, por mi pasión,  
que quiso pintar natura  
un ángel en tu figura,  
y el tiempo en tu condición.

Si quieres saber dó voy  
y el fin de mi triste vida,  
la sangre por mí vertida  
te llevará donde estoy;

y aunque nada no te cale  
de nuestro amor y concierto,  
no niegues al cuerpo muerto  
el triste y último vale;

que bien serás rigurosa,  
y más que un diamante dura,  
si el cuerpo y la sepultura  
no te vuelven piadosa.

Y en caso tan desdichado  
tendré por dulce partido,  
si fui vivo aborrecido,  
ser muerto y por ti llorado.

(*La Galatea*, 1585, libro II)

[El pastor Erastro alaba en coplas reales los ojos  
de su amada Galatea]

Vea yo los ojos bellos  
de este sol que estoy mirando,  
y si se van apartando,  
váyase el alma tras ellos.

Sin ellos no hay claridad,  
ni mi alma no la espere,  
que, ausente de ellos, no quiere  
luz, salud ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,  
que no es posible alabarlos;  
mas ha de dar por mirarlos  
de la vida los despojos.

Yo los veo y yo los vi,  
y cada vez que los veo  
les doy un nuevo deseo  
tras el alma que les di.

Ya no tengo más que dar  
ni imagino más que dé,  
si por premio de mi fe  
no se admite el desear.

Cierta está mi perdición  
si estos ojos do el bien sobra  
los pusieren en la obra  
y no en la sana intención.

Aunque durase este día  
mil siglos, como deseo,  
a mí, que tanto bien veo,  
un punto parecería.

No hace el tiempo ligero  
curso en alterar mi edad,  
mientras miro la beldad  
de la vida por quien muero.

En esta vista reposa  
mi alma y halla sosiego,  
y vive en el vivo fuego  
de su luz pura, hermosa.

Y hace amor tan alta prueba  
con ella, que en esta llama  
a dulce vida la llama  
y, cual fénix, la renueva.

Salgo con mi pensamiento  
buscando mi dulce gloria,  
y al fin hallo en mi memoria  
encerrado mi contento.

Allí está y allí se encierra,  
no en mandos, no en poderíos,  
no en pompas, no en señoríos  
ni en riquezas de la tierra.

(*La Galatea*, 1585, libro II)

[El pastor Lenio se lamenta de la frialdad de su amada]

¿Quién te impele, crüel? ¿Quién te desvía?  
¿Quién te retira del amado intento?  
¿Quién en tus pies veloces alas cría,  
con que corres ligera más que el viento?  
¿Por qué tienes en poco la fe mía,  
y desprecias el alto pensamiento?  
¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me dejas?  
*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!*

¿Soy, por ventura, de tan bajo estado  
que no merezca ver tus ojos bellos?  
¿Soy pobre? ¿Soy avaro? ¿Hasme hallado  
en falsedad desde que supe vellos?  
La condición primera no he mudado.  
¿No pende del menor de tus cabellos  
mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?  
*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!*

Tome escarmiento tu altivez sobrada  
de ver mi libre voluntad rendida,  
mira mi antigua presunción trocada  
y en amoroso intento convertida.  
Mira que contra amor no puede nada  
la más exenta descuidada vida.  
Detén el paso ya: ¿por qué le aquejas?  
*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!*

Vime cual tú te ves, y ahora veo  
que como fui jamás espero verme:  
tal me tiene la fuerza del deseo;  
tal quiero, que se extrema en no quererme.

Tú has ganado la palma, tú el trofeo  
de que amor pueda en su prisión tenerme;  
tú me rendiste: ¿y tú de mí te quejas?  
*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!*

(*La Galatea*, 1585, libro VI)



[Vivaldo lee la *Canción desesperada* que escribió Grisóstomo antes de suicidarse]

Ya que quieres, crüel, que se publique,  
de lengua en lengua y de una en otra gente,  
del áspero rigor tuyo la fuerza,  
haré que el mismo infierno comunique  
al triste pecho mío un son doliente,  
con que el uso común de mi voz tuerza.  
Y al par de mi deseo, que se esfuerza  
a decir mi dolor y tus hazañas,  
de la espantable voz irá el acento,  
y en él mezcladas, por mayor tormento,  
pedazos de las miseras entrañas.  
Escucha, pues, y presta atento oído,  
no al concertado son, sino al rüido  
que de lo hondo de mi amargo pecho,  
llevado de un forzoso desvarío,  
por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero  
el temeroso aullido, el silbo horrendo  
de escamosa serpiente, el espantable  
baladro de algún monstruo, el agorero  
graznar de la corneja, y el estruendo  
del viento contrastado en mar instable;  
del ya vencido toro el implacable

bramido, y de la viuda tortolilla  
el sentible arrullar; el triste canto  
del envidiado búho, con el llanto  
de toda la infernal negra cuadrilla,  
salgan con la doliente ánima fuera,  
mezclados en un son, de tal manera  
que se confundan los sentidos todos,  
pues la pena cruel que en mí se halla  
para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusión no las arenas  
del padre Tajo oirán los tristes ecos,  
ni del famoso Betis las olivas:  
que allí se esparcirán mis duras penas  
en altos riscos y en profundos huecos,  
con muerta lengua y con palabras vivas;  
o ya en oscuros valles, o en esquivas  
playas, desnudas de contrato humano,  
o adonde el sol jamás mostró su lumbre,  
o entre la venenosa muchedumbre  
de fieras que alimenta el libio llano;  
que, puesto que en los páramos desiertos  
los ecos roncós de mi mal, inciertos,  
suenen con tu rigor tan sin segundo,  
por privilegio de mis cortos hados,  
serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén, atierra la paciencia,  
o verdadera o falsa, una sospecha;  
matan los celos con rigor más fuerte;  
desconcierta la vida larga ausencia;  
contra un temor de olvido no aprovecha  
firme esperanza de dichosa suerte.  
En todo hay cierta, inevitable muerte;  
mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo  
celoso, ausente, desdeñado y cierto  
de las sospechas que me tienen muerto;  
y en el olvido en quien mi fuego avivo,  
y, entre tantos tormentos, nunca alcanza  
mi vista a ver en sombra a la esperanza,  
ni yo, desesperado, la procuro;  
antes, por extremarme en mi querella,  
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante  
esperar y temer, o es bien hacello,  
siendo las causas del temor más ciertas?  
¿Tengo, si el duro celo está delante,  
de cerrar estos ojos, si he de vello  
por mil heridas en el alma abiertas?  
¿Quién no abrirá de par en par las puertas  
a la desconfianza, cuando mira  
descubierto el desdén, y las sospechas,  
¡oh amarga conversión!, verdades hechas,

y la limpia verdad vuelta en mentira?  
¡Oh, en el reino de amor fieros tiranos  
celos, ponedme un hierro en estas manos!  
Dame, desdén, una torcida sogá.  
Mas, ¡ay de mí!, que, con crüel vitoria,  
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero, en fin; y porque nunca espere  
buen suceso en la muerte ni en la vida,  
pertinaz estaré en mi fantasía.  
Diré que va acertado el que bien quiere,  
y que es más libre el alma más rendida  
a la de amor antigua tiranía.  
Diré que la enemiga siempre mía  
hermosa el alma como el cuerpo tiene,  
y que su olvido de mi culpa nace,  
y que, en fe de los males que nos hace,  
amor su imperio en justa paz mantiene.  
Y con esta opinión y un duro lazo,  
acelerando el miserable plazo  
a que me han conducido sus desdenes,  
ofreceré a los vientos cuerpo y alma,  
sin lauro o palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras  
la razón que me fuerza a que la haga  
a la cansada vida que aborrezco,

pues ya ves que te da notorias muestras  
esta del corazón profunda llaga,  
de cómo, alegre, a tu rigor me ofrezco,  
sí, por dicha, conoces que merezco  
que el cielo claro de tus bellos ojos  
en mi muerte se turbe, no lo hagas;  
que no quiero que en nada satisfagas,  
al darte de mi alma los despojos.  
Antes, con risa en la ocasión funesta,  
descubre que el fin mío fue tu fiesta;  
mas gran simpleza es avisarte de esto,  
pues sé que está tu gloria conocida  
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo  
Tántalo con su sed; Sisifo venga  
con el peso terrible de su canto;  
Ticio traiga su buitre, y asimismo  
con su rueda Egión no se detenga,  
ni las hermanas que trabajan tanto;  
y todos juntos su mortal quebranto  
trasladen en mi pecho, y en voz baja  
—si ya a un desesperado son debidas—  
canten obsequias tristes, doloridas,  
al cuerpo a quien se niegue aun la mortaja.  
Y el portero infernal de los tres rostros,  
con otras mil quimeras y mil monstros,

lleven el doloroso contrapunto;  
que otra pompa mejor no me parece  
que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes  
cuando mi triste compañía dejes;  
antes, pues que la causa do naciste  
con mi desdicha aumenta su ventura,  
aun en la sepultura no estés triste.

(*Don Quijote*, I, 1605, caps. 17-18)

[Lotario canta al amor]

Yo sé que muero; y si no soy creído,  
es más cierto el morir, como es más cierto  
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,  
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,  
de vida y gloria y de favor desierto,  
y allí verse podrá en mi pecho abierto  
cómo tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro  
trance que me amenaza mi porfía,  
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,  
por mar no usado y peligrosa vía,  
adonde norte o puerto no se ofrece!

(*Don Quijote*, I, 1605, cap. 38)

[La gitana Preciosa defiende su libertad en el amor]

-En esta empresa amorosa,  
donde el amor entretengo,  
por mayor ventura tengo  
ser honesta que hermosa.

La que es más humilde planta,  
si la subida endereza,  
por gracia o naturaleza  
a los cielos se levanta.

En este mi bajo cobre,  
siendo honestidad su esmalte,  
no hay buen deseo que falte  
ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena  
no quererme o no estimarme;  
que yo pienso fabricarme  
mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es,  
que a ser buena me encamine,  
y haga el cielo y determine  
lo que quisiere después.



Quiero ver si la belleza  
tiene tal prerrogativa,  
que me encumbre tan arriba,  
que aspire a mayor alteza.

Si las almas son iguales,  
podrá la de un labrador  
igualarse por valor  
con las que son imperiales.

De la mía lo que siento  
me sube al grado mayor,  
porque majestad y amor  
no tienen un mismo asiento.

(*La gitanilla*, 1613)

[Altisidora declara su amor a Don Quijote]

-¡Oh, tú, que estás en tu lecho,  
entre sábanas de holanda,  
durmiendo a pierna tendida  
de la noche a la mañana,  
caballero el más valiente  
que ha producido la Mancha,  
más honesto y más bendito  
que el oro fino de Arabia!

Oye a una triste doncella,  
bien crecida y mal lograda,  
que en la luz de tus dos soles  
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,  
y ajenas desdichas hallas;  
das las heridas, y niegas  
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,  
que Dios prospere tus ansias,  
si te criaste en la Libia,  
o en las montañas de Jaca;  
si sierpes te dieron leche;  
si, a dicha, fueron tus amas  
la aspereza de las selvas  
y el horror de las montañas.

Muy bien puede Dulcinea,  
doncella rolliza y sana,  
preciarse de que ha rendido  
a una tigre y fiera brava.  
Por esto será famosa  
desde Henares a Jarama,  
desde el Tajo a Manzanares,  
desde Pisuerga hasta Arlanza.  
Trocáreme yo por ella,  
y diera encima una saya  
de las más gayadas mías,  
que de oro le adornan franjas.  
¡Oh, quién se viera en tus brazos,  
o si no, junto a tu cama,  
rascándote la cabeza  
y matándote la caspa!  
Mucho pido, y no soy digna  
de merced tan señalada:  
los pies quisiera traerte,  
que a una humilde esto le basta.  
¡Oh, qué de cofias te diera,  
qué de escaarpines de plata,  
qué de calzas de damasco,  
qué de herreruelos de holanda!  
¡Qué de finísimas perlas,  
cada cual como una agalla,

que, a no tener compañeras,  
las solas fueran llamadas!  
No mires de tu Tarpeya  
este incendio que me abrasa,  
Nerón manchego del mundo,  
ni le avives con tu saña.  
Niña soy, pulcela tierna,  
mi edad de quince no pasa:  
catorce tengo y tres meses,  
te juro en Dios y en mi ánima.  
No soy renca, ni soy coja,  
ni tengo nada de manca;  
los cabellos, como lirios,  
que, en pie, por el suelo arrastran.  
Y aunque es mi boca aguileña  
y la nariz algo chata,  
ser mis dientes de topacios  
mi belleza al cielo ensalza.  
Mi voz, ya ves, si me escuchas,  
que a la que es más dulce iguala,  
y soy de disposición  
algo menos que mediana.  
Estas y otras gracias mías,  
son despojos de tu aljaba;  
de esta casa soy doncella,  
y Altisidora me llaman.

(*Don Quijote*, II, 1615, cap. 44)

## [Las penas del cautivo en Argel]

SAYAVEDRA

¡Rompeos ya, cielos, y llovednos presto  
el librador de nuestra amarga guerra  
si ya en el suelo no le tenéis puesto!  
Cuando llegué cativo y vi esta tierra  
tan nombrada en el mundo, que en su seno  
tantos piratas cubre, acoge y cierra,  
no pude al llanto detener el freno,  
que, a pesar mío, sin saber lo que era,  
me vi el marchito rostro de agua lleno.  
Ofreciose a mis ojos la ribera  
y el monte donde el grande Carlo tuvo  
levantada en el aire su bandera,  
y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,  
pues, movido de envidia de su gloria,  
airado entonces más que nunca estuvo.  
Estas cosas volviendo en mi memoria,  
las lágrimas trujeran a los ojos,  
forzados de desgracia tan notoria.  
Pero si el alto cielo en darme enojos  
no está con mi ventura conjurado,  
y aquí no lleva muerte mis despojos,  
cuando me vea en más seguro estado,  
o si la suerte o si el favor me ayuda  
a verme ante Filipo arrodillado,  
mi lengua balbuciente y casi muda

pienso mover en la real presencia,  
de adulación y de mentir desnuda,  
diciendo: «Alto señor, cuya potencia  
sujetas trae las bárbaras naciones  
al desabrido yugo de obediencia,  
a quien los negros indios con sus dones  
reconocen honesto vasallaje,  
trayendo el oro acá de sus rincones,  
despierte en tu real pecho coraje  
la desvergüenza con que una bicoca  
aspira de continuo a hacerte ultraje.  
Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,  
desnuda, mal armada, que no tiene  
en su defensa fuerte muro o roca.  
Cada uno mira si tu armada viene,  
para dar a los pies el cargo y cura  
de conservar la vida que sostiene.  
De la esquiva prisión, amarga y dura,  
adonde mueren quince mil cristianos,  
tienes la llave de su cerradura.  
Todos, cual yo, de allá, puestas las manos,  
las rodillas por tierra, sollozando,  
cerrados de tormentos inhumanos,  
poderoso señor, te están rogando  
vuelvas los ojos de misericordia  
a los suyos, que están siempre llorando.

Y pues te deja agora la Discordia  
que tanto te ha oprimido y fatigado,  
y amor en darte sigue la Concordia,  
haz, ¡oh buen rey!, que sea por ti acabado  
lo que con tanta audacia y valor tanto  
fue por tu amado padre comenzado.  
El solo ver que vas pondrá un espanto  
en la bárbara gente, que adivino  
ya desde aquí su pérdida y quebranto».  
¿Quién duda que el real pecho benigno  
no se muestre, oyendo la tristeza  
donde están estos míseros contino?  
Mas, ¡ay, cómo se muestra la bajeza  
de mi tan rudo ingenio, pues pretende  
hablar tan bajo ante tan alta alteza!  
Mas la ocasión es tal, que me defiende;  
pero a todo silencio poner quiero,  
que creo que mi plática te ofende  
y al trabajo he de ir adonde muero.

(*El trato de Argel*, h. 1585, Jornada I, vv. 393-462)

[Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla]

«¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla!  
Porque, ¿a quién no suspende y maravilla  
esta máquina insigne, esta braveza?

¡Por Jesucristo vivo, cada pieza  
vale más de un millón, y que es mancilla  
que esto no dure un siglo! ¡Oh gran Sevilla,  
Roma triunfante en ánimo y riqueza!

¡Apostaré que la ánima del muerto,  
por gozar este sitio, hoy ha dejado  
el cielo, donde vive eternamente!».

Esto oyó un valentón y dijo: «¡Es cierto  
lo que dice vuasé, mi so soldado,  
y el que dijere lo contrario, miente!».

Y luego encontinente  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

(1598)



[Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, a Sancho Panza, escudero de Don Quijote]

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,  
cuando en el trato escuderyl te puso,  
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,  
que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada o la hoz poco repugna  
al andante ejercicio; ya está en uso  
la llaneza escudera, con que acuso  
al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio a tu jumento y a tu nombre,  
y a tus alforjas igualmente envidio,  
que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,  
que a solo tú nuestro español Ovidio  
con buzcrona te hace reverencia.

(*Don Quijote*, I, 1605, preliminares)

[Diálogo entre Babieca y Rocinante]

- B.       ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?  
R.       Porque nunca se come, y se trabaja.  
B.       ¿Pues qué es de la cebada y de la paja?  
R.       No me deja mi amo ni un bocado.
- B.       Andá, señor, que estáis muy mal criado,  
          pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.  
R.       Asno se es de la cuna a la mortaja.  
          ¿Queréislo ver? Miraldo enamorado.
- B.       ¿Es necedad amar?  
R.       No es gran prudencia.  
B.       Metafísico estáis.  
R.       Es que no como.  
B.       Quejaos del escudero.  
R.       No es bastante.

¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,  
si el amo y escudero o mayordomo  
son tan rocines como Rocinante?

(*Don Quijote*, I, 1605, preliminares)

[Del Cachidiablo, académico de la Argamasilla,  
en la sepultura de don Quijote]

Aquí yace el caballero,  
bien molido y mal andante,  
a quien llevó Rocinante  
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero  
yace también junto a él,  
escudero el más fiel  
que vio el trato de escudero.

(*Don Quijote*, I, 1605, versos finales)

[Del Tiquitoc, académico de la Argamasilla, en  
la sepultura de Dulcinea del Toboso]

Reposa aquí Dulcinea;  
y aunque de carnes rolliza,  
la volvió en polvo y ceniza  
la muerte espantable y fea.

Fue de castiza ralea,  
y tuvo asomos de dama;  
del gran Quijote fue llama,  
y fue gloria de su aldea.

(*Don Quijote*, I, 1605, versos finales)

*[Romance de los celos]*

Yace donde el sol se pone,  
entre dos tajadas peñas,  
una entrada de un abismo,  
quiero decir, una cueva  
profunda, lóbrega, oscura,  
aquí mojada, allí seca,  
propio albergue de la noche,  
del horror y las tinieblas.  
Por la boca sale un aire  
que al alma encendida yela,  
y un fuego, de cuando en cuando,  
que el pecho de yelo quema.  
Oyese dentro un ruido  
como crujir de cadenas  
y unos ayes luengos, tristes,  
envueltos en tristes quejas.  
Por las funestas paredes,  
por los resquicios y quiebras,  
mil víboras se descubren  
y ponzoñosas culebras.  
A la entrada tiene puestos,  
en una amarilla piedra,  
huesos de muerto, encajados  
de modo que forman letras,  
las cuales, vistas del fuego

que arroja de sí la cueva,  
dicen: «Esta es la morada  
de los celos y sospechas».  
Y un pastor contaba a Lauso  
esta maravilla cierta  
de la cueva, fuego y yelo,  
aullidos, sierpes y piedra;  
el cual, oyendo, le dijo:  
«Pastor, para que te crea  
no has menester juramentos  
ni hacer la vista experiencia:  
un vivo traslado es ese  
de lo que mi pecho encierra,  
el cual, como en cueva oscura,  
no tiene luz ni la espera.  
Seco le tienen desdeñes  
bañado en lágrimas tiernas,  
aire, fuego y los suspiros  
le abrasan contino y yelan.  
Los lamentables aullidos,  
son mis continuas querellas,  
víboras mis pensamientos  
que en mis entrañas se ceban.  
La piedra escrita, amarilla,  
es mi sin igual firmeza,  
que mis huesos en la muerte  
mostrarán que son de piedra.

Los celos son los que habitan  
en esta morada estrecha,  
que engendraron los descuidos  
de mi querida Silena».  
En pronunciando este nombre,  
cayó como muerto en tierra,  
que de memorias de celos  
aquestos fines se esperan.

(1592)

[Romance de don Luis]

-Marinero soy de amor,  
y en su piélago profundo  
navego sin esperanza  
de llegar a puerto alguno.  
Siguiendo voy a una estrella  
que desde lejos descubro,  
más bella y resplandeciente  
que cuantas vio Palinuro.  
Yo no sé adónde me guía,  
y así, navego confuso,  
el alma a mirarla atenta,  
cuidadosa y con descuido.  
Recatos impertinentes,  
honestidad contra el uso,  
son nubes que me la encubren  
cuando más verla procuro.  
¡Oh clara y luciente estrella,  
en cuya lumbre me apuro!;  
al punto que te me encubras,  
será de mi muerte el punto.

(*Don Quijote*, I, 1605, caps. 42-43)



## [Romance de la buenaventura]

-Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que el Rey de las Alpujarras.  
Eres paloma sin hiel,  
pero a veces eres brava  
como leona de Orán,  
o como tigre de Ocaña.  
Pero en un tras, en un tris,  
el enojo se te pasa,  
y quedas como alfeñique,  
o como cordera mansa.  
Riñes mucho y comes poco:  
algo celosita andas;  
que es juguetón el teniente,  
y quiere arrimar la vara.  
Cuando doncella, te quiso  
uno de una buena cara;  
que mal hayan los terceros,  
que los gustos desbaratan.  
Si a dicha tú fueras monja,  
hoy tu convento mandarás,  
porque tienes de abadesa  
más de cuatrocientas rayas.  
No te lo quiero decir...;

pero poco importa, vaya:  
enviudarás, y otra vez,  
y otras dos, serás casada.  
No llores, señora mía;  
que no siempre las gitanas  
decimos el *Evangelio*;  
no llores, señora, acaba.  
Como te mueras primero  
que el señor teniente, basta  
para remediar el daño  
de la viudez que amenaza.  
Has de heredar, y muy presto,  
hacienda en mucha abundancia;  
tendrás un hijo canónigo,  
la iglesia no se señala;  
de Toledo no es posible.  
Una hija rubia y blanca  
tendrás, que si es religiosa,  
también vendrá a ser perlada.  
Si tu esposo no se muere  
dentro de cuatro semanas,  
verásle corregidor  
de Burgos o Salamanca.  
Un lunar tienes, ¡qué lindo!  
¡Ay Jesús, qué luna clara!  
¡Qué sol, que allá en los antípodas  
oscuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle  
dieran más de cuatro blancas.  
¡Agora sí es la risica!  
¡Ay, que bien haya esa gracia!  
Guárdate de las caídas,  
principalmente de espaldas,  
que suelen ser peligrosas  
en las principales damas.  
Cosas hay más que decirte;  
si para el viernes me aguardas,  
las oirás, que son de gusto  
y algunas hay de desgracias!

(*La gitanilla*, 1613)

## [Sextina del pastor Artidoro]

En áspera, cerrada, oscura noche,  
sin ver jamás el esperado día,  
y en contino, crecido, amargo llanto,  
ajeno de placer, contento y risa,  
merece estar, y en una viva muerte,  
aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la más alegre vida,  
sino una sombra de una breve noche,  
o natural retrato de la muerte,  
si en todas cuantas horas tiene el día,  
puesto silencio al congojoso llanto,  
no admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor, vive la risa,  
y adonde muere, muere nuestra vida,  
y el sabroso placer se vuelve en llanto,  
y en tenebrosa sempiterna noche  
la clara luz del sosegado día,  
y es el vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte  
no huye el amador; antes con risa  
desea la ocasión y espera el día  
donde pueda ofrecer la cara vida  
hasta ver la tranquila última noche,  
al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,  
ni su muerte llamarse debe muerte,  
ni a su noche dar título de noche;  
mas su risa llamarse debe risa,  
y su vida tener por cierta vida,  
y solo festejar su alegre día.

¡Oh venturoso para mí este día,  
do pude poner freno al triste llanto,  
y alegrarme de haber dado mi vida  
a quien dárme la puede, o darme muerte!  
Mas ¿qué puede esperarse, si no es risa,  
de un rostro que al sol vence y vuelve en noche?

Vuelto ha mi escura noche en claro día  
amor, y en risa mi crecido llanto,  
y mi cercana muerte en larga vida.

(*La Galatea*, 1585, libro I)

[Al libro de Don Quijote de la Mancha,  
Urganda la Desconocida]

Si de llegarte a los bue-,  
libro, fueres con letu-,  
no te dirá el boquirru-  
que no pones bien los de-.  
Mas si el pan no se te cue-  
por ir a manos de idio-,  
verás de manos a bo-  
aun no dar una en el cla-,  
si bien se comen las ma-  
por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-  
que el que a buen árbol se arri-  
buena sombra le cobí-,  
en Béjar tu buena estre-  
un árbol real te ofre-  
que da príncipes por fru-,  
en el cual floreció un du-  
que es nuevo Alejandro Ma-:  
llega a su sombra, que a osa-  
favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-  
contarás las aventu-,  
a quien ociosas letu-

trastornaron la cabe-;  
damas, armas, caballe-  
le provocaron de mo-  
que, cual Orlando furio-  
templado a lo enamora-  
alcanzó a fuerza de bra-  
a Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglí-  
estampes en el escu-  
que, cuando es todo figu-  
con ruines puntos se envi-  
Si en la dirección te humi-  
no dirá, mofante, algu-:  
“¡Qué don Álvaro de Lu-  
qué Aníbal el de Carta-  
qué rey Francisco en Espa-  
se queja de la fortu-!”

Pues al cielo no le plu-  
que salieses tan ladi-  
como el negro Juan Lati-  
hablar latines rehú-  
No me despuntes de agu-  
ni me alegues con filó-  
porque, torciendo la bo-  
dirá el que entiende la le-  
no un palmo de las ore-:  
“¿Para qué conmigo flo-?”

No te metas en dibu-,  
ni en saber vidas aje-,  
que en lo que no va ni vie-  
pasar de largo es cordu-,  
que suelen en caperu-  
darles a los que grace-;  
mas tú quémate las ce-  
solo en cobrar buena fa-;  
que el que imprime neceda-  
dalas a censo perpe-.

Advierte que es desati-,  
siendo de vidrio el teja-,  
tomar piedras en las ma-  
para tirar al veci-.  
Deja que el hombre de jui-  
en las obras que compo-  
se vaya con pies de plo-,  
que el que saca a luz pape-  
para entretener donce-  
escribe a tontas y a lo-.

(*Don Quijote*, I, 1605, preliminares)



[Del donoso, poeta entreverado, a Sancho Panza  
y Rocinante]

*A Sancho Panza*

Soy Sancho Panza, escude-  
del manchego don Quijo-;  
puse pies en polvo-,  
por vivir a lo discre-,  
que el tácito Villadie-  
toda su razón de esta-  
cifró en una retira-,  
según siente Celesti-,  
libro, en mi opinión, divi-  
si encubriera más lo huma-.

*A Rocinante.*

Soy Rocinante, el famo-  
bisnieto del gran Babie-  
Por pecados de flaque-,  
fui a poder de un don Quijo-;  
parejas corrí a lo flo-,  
mas por uña de caba-  
no se me escapó ceba-,  
que esto saqué a Lazari-  
cuando, para hurtar el vi-  
al ciego, le di la pa-.

(*Don Quijote*, I, 1605, preliminares)

[El primer ovillejo de la historia]

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

Y ¿quién aumenta mis duelos?

Los celos.

Y ¿quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo, en mi dolencia  
ningún remedio se alcanza,  
pues me matan la esperanza  
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

Y ¿quién mi gloria repugna?

Fortuna.

Y ¿quién consiente en mi duelo?

El cielo

De ese modo, yo recelo  
morir de este mal extraño,  
pues se aumentan en mi daño,  
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males, ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo, no es cordura  
querer curar la pasión  
cuando los remedios son  
muerte, mudanza y locura.

(*Don Quijote*, I, 1605, cap. 27)

[Ovillejo en boca de Tomás Pedro]

¿Quién de amor venturas halla?

El que calla.

¿Quién triunfa de su aspereza?

La firmeza.

¿Quién da alcance a su alegría?

La porfía.

De ese modo, bien podría  
esperar dichosa palma  
si en esta empresa mi alma  
calla, está firme y porfía.

¿Con quién se sustenta amor?

Con favor.

¿Y con qué mengua su furia?

Con la injuria.

¿Antes con desdenes crece?

Desfallece.

Claro en esto se parece  
que mi amor será inmortal,  
pues la causa de mi mal  
ni injuria ni favorece.

Quien desespera, ¿qué espera?  
Muerte entera.  
Pues, ¿qué muerte el mal remedia?  
La que es media.  
Luego, ¿bien será morir?  
Mejor sufrir.

Porque se suele decir,  
y esta verdad se reciba,  
que tras la tormenta esquiva  
suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasión?  
En ocasión.  
¿Y si jamás se me da?  
Sí hará.  
Llegará la muerte en tanto.  
Llegue a tanto  
tu limpia fe y esperanza,  
que, en sabiéndolo Constanza,  
convierta en risa tu llanto.

(*La ilustre fregona*, 1613)

[Yo soy]

Suele la indignación componer versos,  
pero si el indignado es algún tonto,  
ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más, sino que pronto  
me hallé para decir en tercia rima  
lo que no dijo el desterrado a Ponto.

Y así le dije a Delio: «No se estima,  
señor, del vulgo vano el que te sigue  
y al árbol sacro del laurel se arrima.

»La envidia y la ignorancia le persigue  
y así, envidiado siempre y perseguido,  
el bien que espera por jamás consigue.

»Yo corté con mi ingenio aquel vestido  
con que al mundo la hermosa *Galatea*  
salió para librarse del olvido.

»Soy por quien *La confusa*, nada fea,  
pareció en los teatros admirable  
(si esto a su fama es justo se le crea).

»Yo con estilo en parte razonable  
he compuesto comedias, que en su tiempo  
tuvieron de lo grave y de lo afable.

»Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
al pecho melancólico y mohíno,  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

»Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,  
por do la lengua castellana puede  
mostrar con propiedad un desatino.

»Yo soy aquel que en la invención excede  
a muchos y al que falta en esta parte,  
es fuerza que su fama falta quede.

»Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía,  
y en ella procuré siempre agradarte.

»Nunca voló la pluma humilde mía  
por la región satírica, bajeza  
que a infames premios y desgracias guía.

»Yo el soneto compuse que así empieza,  
por honra principal de mis escritos:  
“¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza!”.

»Yo he compuesto romances infinitos,  
y el de *Los celos* es aquel que estimo,  
entre otros, que los tengo por malditos.

»Por esto me congojo y me lastimo  
de verme solo en pie, sin que se aplique  
árbol que me conceda algún arrimo.

»Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique  
para dar a la estampa al gran *Persiles*,  
con que mi nombre y obras multiplique.

»Yo, en pensamientos castos y sutiles,  
dispuestos en sonetos de a docena,  
he honrado tres sujetos fregoniles.

»También al par de Filis mi Silena  
resonó por las selvas, que escucharon  
más de una y otra alegre cantilena,  
»y en dulces varias rimas se llevaron  
mis esperanzas los ligeros vientos,  
que en ellos y en la arena se sembraron.  
»Tuve, tengo y tendré los pensamientos  
(merced al cielo que a tal bien me inclina)  
de toda adulación libres y exentos.  
»Nunca pongo los pies por do camina  
la mentira, la fraude y el engaño,  
de la santa virtud total ruina.  
»Con mi corta fortuna no me ensaño,  
aunque por verme en pie como me veo  
y en tal lugar, pondero así mi daño.  
»Con poco me contento, aunque deseo  
mucho». [...]

(*Viaje del Parnaso*, 1614, cap. IV)



## [Canto de Calíope]

Al dulce son de mi templada lira,  
prestad, pastores, el oído atento:  
oiréis cómo en mi voz y en él respira  
de mis hermanas el sagrado aliento.  
Veréis cómo os suspende, y os admira,  
y colma vuestras almas de contento,  
cuando os dé relación, aquí en el suelo,  
de los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente  
a quien la Parca el hilo aún no ha cortado,  
de aquellos que son dignos justamente  
de en tal lugar tenerle señalado;  
donde, a pesar del tiempo diligente,  
por el laudable oficio acostumbrado  
vuestro, vivan mil siglos sus renombres,  
sus claras obras, sus famosos nombres. [...]

Muestra en un ingenio la experiencia  
que en años verdes y en edad temprana  
hace su habitación así la ciencia,  
como en la edad madura, antigua y cana.  
No entraré con alguno en competencia  
que contradiga una verdad tan llana,  
y más si acaso a sus oídos llega  
que lo digo por vos, LOPE DE VEGA. [...]

En punto estoy donde, por más que diga  
en alabanza del divino HERRERA,  
será de poco fruto mi fatiga,  
aunque le suba hasta la cuarta esfera.  
Mas, si soy sospechosa por amiga,  
sus obras y su fama verdadera  
dirán que en ciencias es HERNANDO solo  
del Gange al Nilo, y de uno al otro polo. [...]

En don LUIS DE GÓNGORA os ofrezco  
un vivo raro ingenio sin segundo;  
con sus obras me alegro y enriquezco  
no solo yo, mas todo el ancho mundo.  
Y si, por lo que os quiero, algo merezco,  
haced que su saber alto y profundo  
en vuestras alabanzas siempre viva  
contra el ligero tiempo y muerte esquiva. [...]

Tejed de verde lauro una corona,  
pastores, para honrar la digna frente  
del licenciado SOTO BARAHONA,  
varón insigne, sabio y elocuente.  
En él el licor santo de Heliconia,  
si se perdiera en la sagrada fuente,  
se pudiera hallar, ¡oh extraño caso!,  
como en las altas cumbres del Parnaso. [...]

Quisiera rematar mi dulce canto  
en tal sazón, pastores, con loaros  
un ingenio que al mundo pone espanto  
y que pudiera en éxtasis robaros.

En él cifro y recojo todo cuanto  
he mostrado hasta aquí y he de mostraros:

FRAY LUIS DE LEÓN es el que digo,  
a quien yo reverencio, adoro y sigo. [...]

Serán testigo de esto dos hermanos,  
dos luceros, dos soles de poesía,  
a quien el cielo con abiertas manos  
dio cuanto ingenio y arte dar podía.  
Edad temprana, pensamientos canos,  
maduro trato, humilde fantasía,  
labran eterna y digna laureola  
a LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Con santa envidia y competencia santa  
parece que el menor hermano aspira  
a igualar al mayor, pues se adelanta  
y sube do no llega humana mira.  
Por esto escribe y mil sucesos canta  
con tan suave y acordada lira,  
que este BARTOLOMÉ menor merece  
lo que al mayor, Lupercio, se le ofrece. [...]

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,  
dando principio a la mayor hazaña  
que jamás emprendí, la cual espero  
que ha de mover al blando Apolo a saña,  
pues, con ingenio rústico y grosero,  
a dos soles que alumbran vuestra España  
-no solo a España, mas al mundo todo-  
pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,  
la cortesana discreción madura,  
los bien gastados años, la experiencia,  
que mil sanos consejos asegura;  
la agudeza de ingenio, el advertencia  
en apuntar y en descubrir la escura  
dificultad y duda que se ofrece,  
en estos soles dos solo florece.

En ellos un epílogo, pastores,  
del largo canto mío ahora hago,  
y a ellos enderezo los loores  
cuantos habéis oído, y no los pago:  
que todos los ingenios son deudores  
a estos de quien yo me satisfago;  
satisfácese de ellos todo el suelo,  
y aun los admira, porque son del cielo.

Estos quiero que den fin a mi canto,  
y a nueva admiración comienzo;  
y si pensáis que en esto me adelanto,  
cuando os diga quién son, veréis que os venzo.  
Por ellos hasta el cielo me levanto,  
y sin ellos me corro y me avergüenzo:  
tal es LAÍNEZ, tal es FIGUEROA,  
dignos de eterna y de incesable loa.

(*La Galatea*, 1585, libro VI)

[A Lope de Vega]

Yace en la parte que es mejor de España  
una apacible y siempre verde Vega  
a quien Apolo su favor no niega,  
pues con las aguas de Helicón la baña.

Júpiter, labrador por grande hazaña,  
su ciencia toda en cultivarla entrega;  
Cilenio, alegre, en ella se sosiega;  
Minerva eternamente la acompaña;

las Musas su Parnaso en ella han hecho;  
Venus, honesta, en ella aumenta y cría  
la santa multitud de los amores.

Y así, con gusto y general provecho,  
nuevos frutos ofrece cada día  
de ángeles, de armas, santos y pastores.

(Lope de Vega, *La Dragontea*, 1602, poema preliminar)

[A los éxtasis de nuestra beata madre Teresa de Jesús]

Virgen fecunda, madre venturosa,  
cuyos hijos, criados a tus pechos,  
sobre sus fuerzas la virtud alzando,  
pisan ahora los dorados techos  
de la dulce región maravillosa  
que está la gloria de su Dios mostrando:  
tú, que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo  
y un grado sin segundo,  
ahora estés ante tu Dios prostrada,  
en rogar por tus hijos ocupada,  
o en cosas dignas de tu intento santo,  
oye mi voz cansada  
y esfuerzo, ¡oh madre!, el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas  
sacó Dios tu niñez, diste señales  
que Dios para ser suya te guardaba,  
mostrando los impulsos celestiales  
en ti, con ordinarias maravillas,  
que a tu edad tu deseo aventajaba  
y, si se descuidaba  
de lo que hacer debía,  
tal vez luego volvía

mejorado, mostrando codicioso  
que el haber parecido perezoso  
era un volver atrás para dar salto,  
con curso más brioso,  
desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fue creciendo en ti la gana  
de obrar en proporción de los favores  
con que te regaló la mano eterna,  
tales que, al parecer, se alzó a mayores  
contigo alegre Dios en la mañana  
de tu florida edad humilde y tierna.  
Y así tu ser gobierna  
que poco a poco subes  
sobre las densas nubes  
de la suerte mortal y así levantas  
tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,  
que ligero tras sí el alma le lleva  
a las regiones santas  
con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa,  
acullá se desposa Dios contigo,  
aquí misterios altos te revela.  
Tierno amante se muestra, dulce amigo  
y siendo tu maestro te levanta  
al cielo, que señala por tu escuela.

Parece se desvela  
en hacerte mercedes;  
rompe rejas y redes  
para buscarte el Mágico divino;  
tan tu llegado siempre y tan contino  
que, si algún afligido a Dios buscara,  
acortando camino,  
en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede  
decir que en Alba fue donde naciste,  
pues allí nace donde muere el justo.  
Desde Alba, ¡oh madre!, al cielo te partiste:  
alba pura, hermosa, a quien sucede  
el claro día del inmenso gusto.  
Que le goces es justo  
en éxtasis divinos  
por todos los caminos  
por donde Dios llevar a un alma sabe,  
para darle de sí cuanto ella cabe,  
y aun la ensancha, dilata y engrandece  
y, con amor suave,  
a sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes  
que acreditan los éxtasis, que suelen  
indicios ser de santidad notoria,



en los tuyos se hallaron, nos impelen  
a creer la verdad de los visibles  
que nos describe tu discreta historia  
y el quedar con victoria,  
honroso triunfo y palma  
del infierno y tu alma  
más humilde, más sabia y obediente  
al fin de tus arrobos, fue evidente  
señal que todos fueron admirables  
y sobrehumanamente  
nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras  
menospreciando la mortal riqueza  
en la inmortalidad que siempre dura,  
y el visorrey de Dios nos da certeza  
que sin enigma y sin espejo miras  
de Dios la incomparable hermosura,  
colma nuestra ventura:  
oye, devota y pía,  
los balidos que envía  
el rebaño infinito que criaste,  
cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste,  
que no porque dejaste nuestra vida  
la caridad dejaste,  
que en los cielos está más extendida.

Canción: de ser humilde has de preciarte  
cuando quieras al cielo levantarte,  
que tiene la humildad naturaleza  
de ser el todo y parte  
de alzar al cielo la mortal bajeza.

(Canción, 1605)

**MIGUEL DE CERVANTES** fue bautizado en Alcalá de Henares en 1547 y murió en Madrid, el 22 de abril de 1616: al día siguiente fue enterrado en el Convento de las Trinitarias, en el corazón del Barrio de las Letras. Casi 69 años de un hombre que vivió en una de las épocas más fascinantes de la cultura occidental, a caballo entre los siglos XVI y XVII, los conocidos como Siglos de Oro. Una época fascinante que le llevó a vivir en el Madrid que inauguraba su estatuto de Corte estable de la Monarquía Hispánica; en Italia, siguiendo la milicia de los tercios; en Argel, cinco años cautivo; en Sevilla, la capital económica de aquellos tiempos, la puerta hacia América; en Esquivias y Toledo, donde se casó; en Valladolid, cuando la Corte estuvo allí por unos pocos años; y, finalmente, de nuevo en Madrid, en el centro de la Monarquía Hispánica, tanto de la política como la literaria. Sin olvidar las decenas de lugares, villas y ciudades que visitó y de las que dejó huella en sus obras.

Miguel de Cervantes, frente a la imagen romántica de los siglos XVIII y XIX que se ha impuesto hasta nuestros días, fue un escritor reconocido en su tiempo. Y no tanto admirado por su “Don Quijote” (un libro de caballerías menor, una obra de entretenimiento), sino como autor teatral (es uno de los primeros en estrenar con éxito en los Corrales de Comedias que, con los años, vivieron el triunfo de Lope de Vega), y

como poeta (es recordado como uno de los mejores escritores de romances de su tiempo). Sus obras impresas que tuvieron más éxito, las que más se vendieron fueron las *Novelas ejemplares* (1613) y el *Persiles* (1617), mucho más que el *Quijote*, que tuvo un principio esplendoroso, pero cuya estrella editorial fue declinando al poco tiempo. Una estrella editorial que sobrevivió y se engrandeció gracias al éxito europeo y americano de la obra. Y gracias al *Quijote*, a la lectura que del *Quijote* hicieron los escritores y lectores europeos del siglo XVIII, hoy en día Cervantes es considerado el padre de la novela moderna, el “príncipe de los ingenios”.

### *Procedencia de los textos*

*Viaje del Parnaso y poesías sueltas*, ed. de José Montero Reguera y Fernando Romo Feito, Madrid, RAE, 2016.

*El trato de Argel*, ed. de María del Valle Ojeda Calvo, en *Comedias y tragedias de Miguel de Cervantes*, al cuidado de Luis Gómez Canseco, Madrid, RAE, 2015.

*La Galatea*, ed. de Juan Montero, Madrid, RAE, 2014.

*El Quijote*, ed. de José Manuel Lucía Megías, Madrid, Sial/Pigmalión, 2019.

*Novelas ejemplares*, ed. de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2005.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Alvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamarío Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música llamada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte

54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia

105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes



Editado por  
el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en abril de 2019

Se compuso en caracteres  
Goudy Old Style de 11 puntos  
y se imprimió  
sobre papel bulky de 60 gramos,  
con un tiraje de  
8.000 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*